35 - clavis

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN
CENTRO DE ESTUDIOS BIZANTINOS Y NEOHELÉNICOS

BIZANTION NEA HELLAS

Nº 2

SEPARATAS

Christos Clairis Vasiliadis

Lengua helénica

Lengua helénica

Christos Clairis Vasiliadis

1. Introducción.

Dos interrogantes me han movido a redactar este artículo. La primera es una de las que siempre asaltan a todo griego apenas declara su nacionalidad al encontrarse en el extranjero: ¿Cuál es la relación entre la lengua helénica actual y la antigua? Muchas veces el interlocutor analiza más a fondo la cuestión: quiere informarse de si se trata de la misma lengua; de si un griego actual entiende el idioma de Platón o de Homero; de si pronuncia igual que sus antepasados; y de otras cosas semejantes. La segunda interrogante fue formulada por una alumna de la Universidad Católica de Valparaíso, en un trabajo de investigación: "¿Qué tiene Grecia que aún hoy la estudiamos?" Considerando que esa interrogante es no sólo un problema de mi alumna, sino un problema constante y más bien general, me he dejado conducir por él durante todo el presente desarrollo: la lengua helénica, su evolución y su influencia. Por otra parte, dado que el anuario —para el cual fue escrito este trabajo— no se dirige solamente a los especialistas en lingüística, me empeñaré en evitar la tentación de todo lingüista: explayarse en detalles técnicos que sólo pueden interesar al entendido.

2. Cambio y evolución de las lenguas.

Tanto la experiencia cotidiana y la observación de la naturaleza y del hombre, como la larga sabiduría de los siglos, ofrecen una lección: vida es movimiento. Cualquier pensamiento, sea filosófico, científico, teológico o político, al querer investigar un fenómeno físico, social, artístico, psicológico u otro, encontrará como causa primera el movimiento. Y, como se comprenderá, el mo-

vimiento lleva consigo cambio y evolución. La palabra "evolución" debe entenderse fuera de toda connotación valorativa; es decir, la evolución no debe considerarse necesariamente y siempre como cambio hacia algo más alto o mejor, sino hacia algo simplemente distinto, que unas veces llega a ser algo mejor, otras algo peor, y en ciertas ocasiones ni lo uno ni lo otro.

El fenómeno lingüístico que ahora nos preocupa no constituye una excepción a esa ley, formulada lacónicamente por Heráclito como πάντα ρεῖ ("todo fluye"). La lengua es un organismo que se mueve perpetua y eternamente. Basta hacer un corte imaginario en el tiempo y pensar en cuántos cientos de miles de palabras se pronuncian en un solo segundo en Chile. La suma subiría a millones de palabras por segundo, al considerar a todo el mundo de habla española. Ahora bien, si tuviéramos que multiplicar por minutos, por horas hasta llegar a hacerlo por siglos, entonces nuestra fantasía se enfrentaría con un número que le es imposible de concebir. Si el ritmo de cambio de una lengua fuese directamente proporcional a su movimiento, entonces seguir la evolución de una lengua sería más difícil que retener con la mirada la trayectoria de un proyectil. Mas toda lengua opone enorme resistencia a los cambios. Tal resistencia proviene de la necesidad de ésta de cumplir con la razón fundamental de su existencia que consiste en que la lengua es, sobre todo, instrumento de comunicación entre los individuos que la hablan. Es indispensable que los cambios se hagan con ritmo lento, sin perturbar jamás la comunicación entre los miembros de la comunidad. Por ejemplo, resulta indispensable al abuelo de 80 años poder entenderse con su nieto de 10. Así todos los cambios —y claro está que todo puede cambiar con el tiempo en una lengua, sin que ésta deje de ser la misma— se cumplen "sin que los hablantes tengan jamás la sensación de que la lengua que están hablando y que se habla en su alrededor deje de ser idénticamente la misma"[1]; y sin embargo cambia.

3. Economía lingüística.

Para percibir los cambios lingüísticos es indispensable el estudio de la *economía lingüística*.[2] La mayoría de los cambios lingüísticos

[1] André Martinet, *Elementos de lingüística general*, versión esp., Julio Calonge Ruiz, 2ª ed., Madrid, 1968, p. 215.

[2] André Martinet, *Economie des changements phonétiques*, Berne, 1955, 396 p. Paul Passy, *Etudes sur les changements phonétiques et leurs caractères généraux*, Paris, 1890, p. 227.

debe cumplir con la ley de la "economía", es decir, debe servir los intereses de la lengua lo mejor posible. Así, la adopción de una tendencia de cambio por una lengua y su naturalización, no puede ser una decisión de algunas personas que la hablan, sino el resultado de un juego dialéctico que favorece los rasgos útiles, a costa de los que lo son menos. En la lengua, la antítesis dialéctica está constituida, por una parte, por la tendencia de cambio y, por otra, por el conservadurismo del sistema. Una ley y un límite rigen básicamente ese conflicto. La ley es que cada cambio debe proporcionar una solución más económica: la que exija menos esfuerzo. El límite consiste en que cada cambio no debe dañar la comunicación. Pues se trata de una "antinomia permanente de necesidades de comunicación y expresión del hombre y de su tendencia a reducir al mínimo su actividad mental y física"[3].

4. Unidad de la lengua helénica.

Empezando por las inscripciones cretense-micénicas de la escritura linear B del siglo XIII y XII a. C. y prosiguiendo hasta nuestros días, la lengua helénica nunca ha dejado de ser hablada y escrita. Se sobrentiende que a estos 34 siglos de tradición oral y escrita, debemos añadir los siglos de tradición solamente oral, para que tengamos una imagen efectiva de su vida. Ninguna otra lengua actual, fuera de la griega, posee tan larga e ininterrumpida tradición escrita, con la única excepción, tal vez, de la lengua china, cuyas más antiguas inscripciones datan del siglo XV a. C.

Los cambios que la lengua helénica experimentó en todos estos siglos de vida, nunca lograron alterar su esencia ni convertirla en otra lengua. Así, su forma presente sintetiza el producto natural de su larguísima e incesante evolución. Desde luego, esto no significa que, al permanecer el mismo idioma, los helenos de hoy lo hablen igual que sus antepasados más remotos. Hablan la misma lengua, desarrollada a lo largo de los siglos, al igual de los españoles de hoy, quienes ya no hablan la lengua del Cid, ni los ingleses la de Shakespeare, como tampoco los franceses hablan la lengua de *La Chanson de Roland*, sin que por eso hayan dejado de hablar en español, en inglés y en francés, respectivamente. Cito en seguida unos versos del poeta francés del siglo XIII, Guillaume de Lorris, autor de la primera parte del *Roman de la Rose:*

[3] André Martinet, *op. cit.*, p. 94.

C' est li miroers perilleus,
Ou Narcisus li orguilleus
Mira sa face a ses iauz vairs,
Don il jut puis morz toz envers.

Aunque la distancia que nos separa de él es solamente de siete siglos, un francés sin estudios especializados tendría serios problemas para comprender estos versos. Ahora bien, si tomamos en cuenta el hecho de que la distancia que separa a un griego actual de un texto de Platón es de 24 siglos, y de un canto de Homero 28, queda de manifiesto que las dificultades que tiene que superar para una buena comprensión de esos autores son también correlativamente mayores.

Las fronteras de la lengua helénica, durante su larga historia, no corresponden a las del Estado civil oficial griego de cada época; por el contrario, casi siempre se expandieron sobre áreas más amplias. "Sin embargo, a pesar de su expansión, la lengua helénica —dentro del conjunto de los grupos indoeuropeos— nunca experimentó en el trayecto de su historia alteraciones profundas en su estructura exterior: amplió su marco sin romper sus límites y no sobrepasó jamás el estadio de la *división dialectal*, contrariamente, por ejemplo, al eslavo, al germánico, al itálico, etc., los cuales terminaron en varias "lenguas", lenguas de civilización o lenguas nacionales"[4].

5. Sobre la pronunciación de la lengua helénica clásica.

Uno de los problemas que preocupan al estudiante extranjero de la lengua helénica, es el tema de su pronunciación. Digo, estudiante extranjero, porque al griego ni siquiera se le ocurre pensar en un problema semejante. El, heredero directo de la tradición oral, profiere la lengua antigua, la medieval y la nueva, tal como se la enseñó su madre. Sin duda ninguna, por razones que hemos mencionado anteriormente, la pronunciación actual de la lengua no es la misma del siglo IV a. C. Mas, tiene la ventaja de ser el resultado histórico de la evolución de la lengua.

Al contrario, entre los no griegos predominó la pronunciación erasmiana, apoyada en los antiguos documentos escritos. Ella debe su nombre al humanista holandés Erasmo (1467-1536), quien, aun-

[4] André Mirambel, *Grammaire du grec moderne*, Nuevo tirage, Paris, 1969, p. 84.

que no la inventó, la defendió sistemáticamente y la impuso, en una época durante la cual Europa renaciente se volvía hacia Grecia, mientras la propia Grecia, indefensa, gemía bajo el yugo otomano sin poder imponer su voz. Predominó, entonces, en el Occidente la pronunciación erasmiana, porque Erasmo, con la ayuda de documentos escritos, criticaba fácil y exitosamente el desacuerdo de la tradición oral con la pronunciación antigua, sosteniendo básicamente:

1) que resulta extraño el hecho de que las palabras helénicas adoptadas por la lengua latina para el propio uso de esta última se escribieran y también se pronunciaran en forma totalmente diferente a la costumbre de los nuevos helenos, p. ej., ἐκκλησία *ecclesia*, ἠθική *ethice*, ἀλφάβητον *alphabetum*, etc;

2) que tantos signos gráficos ι, η, ῃ, ει, οι, υι, υ representaran el mismo sonido [i] en la lengua moderna, y nadie pudiera comprender por qué los que organizaron y perfeccionaron el alfabeto fenicio tuvieron que usar todos estos signos, si es que todos correspondían a un solo sonido;

3) que la nueva pronunciación concerniente a la ortografía de la lengua antigua, habría originado una multitud de dificultades que, de haber existido en la antigüedad, necesariamente habrían inducido desde entonces a grandes confusiones ortográficas y a cambios. Pero eso no sucedía; así, es claro que no expresaban un solo y único sonido.

Hasta aquí estaríamos de acuerdo con Erasmo, si se limitara a sólo constatar el hecho que los antiguos y modernos griegos no pronunciaban su lengua del mismo modo. Pero atacando con su crítica la tradición oral, exagera el valor de los documentos escritos pretendiendo, ni más ni menos, que se restituyera la pronunciación de los antiguos. Así, mientras la tradición oral nos llevó hacia una pronunciación que, no siendo idéntica a la de los antiguos helenos, tiene, sin embargo, justificación histórica y explicación científica, la pronunciación enseñada por Erasmo se funda sobre una hipótesis errónea. Para demostrar lo caduco de esta hipótesis, antes de usar cualquier argumento científico, baste con destacar que la restitución exacta de la pronunciación antigua es imposible por la sencilla razón que las grabadoras no habían sido inventadas todavía. Si a esto debemos agregar:

1) el hecho de que los antiguos helenos tomaron su alfabeto

prestado de los fenicios, quienes hablaban otra lengua, y lo modificaron solamente en lo concerniente a las vocales y en un mínimo respecto a las consonantes;

2) el hecho de que el sistema fonológico de una lengua escasamente tiene plena correspondencia con su alfabeto;

3) la variedad de diferencias dialectales, agregando las alteraciones de la pronunciación durante los siglos de expansión de la literatura helénica antigua, entonces podemos apreciar lo infundado de la hipótesis erasmiana. Según la enseñanza del gran lingüista griego Georgios Hadzidakis, "es una torpeza científica evidente el que, basándose sólo en la escritura, uno vaya a encontrar la pronunciación auténtica y llegue a proferir los sonidos de una lengua extranjera tal como la pronunciaban sus hablantes, si no los ha escuchado durante largo tiempo y si no se ha dedicado con gran esmero a imitarlos, cosa que, como se sabe, la mayoría de las veces tampoco se alcanza. Agreguemos a esto la variedad de pronunciaciones existentes en los dialectos antiguos. Consecuentemente, resulta obvio que si alguien pretende pronunciar la lengua helénica antigua de la manera como lo hacían los griegos antiguos, le sería necesario pronunciar, no de un mismo modo las obras de los distintos tiempos y de las diversas regiones, sino diferenciarlas y separarlas en clases según los tiempos y las regiones, aplicando sobre cada una de esas obras otra pronunciación"[5].

Independientemente de la imposibilidad de restituir con exactitud la pronunciación antigua, el investigador puede sin embargo obtener resultados parciales relativos a la pronunciación de acuerdo con la época y el lugar donde se habló la lengua helénica:

1) por medio del testimonio de antiguos gramáticos y comentaristas;

2) por la transcripción de palabras helénicas en otro alfabeto, y viceversa, de sonidos extranjeros en el alfabeto griego;

3) por chistes y anécdotas;

4) por consonancias, etc., y

5) también por indicios que la etimología puede proporcionar.

Sin embargo, sería absurdo aplicar estas conclusiones para enseñar a la gente cómo pronunciar el griego a lo antiguo, al menos que sea por razones de comodidad pedagógica y mala costumbre.

[5] Ἀκαδημεικά 'Αναγνώσματα, ἐν 'Αθήναις, 1924, p. 84

6. La Grecia como objeto cultural.

Es, tal vez, casi superfluo insistir en el hecho de que es imposible comprender la civilización occidental sin el estudio de la civilización helénica que la engendró y la alimentó. Basta una mirada sagaz y crítica para constatar que lo que dio rostro al Occidente fue el Logos Helénico; el Logos Helénico traducido, alterado, mal interpretado, entendido, mal entendido, o también desconocido, pero de todos modos el Logos Helénico. En virtud de esto no han sido pocas las veces en que él fue ocasionalmente blanco de ataques y propuesto como víctima expiatoria para cicatrizar los males que padece la sociedad occidental. La todavía reciente revolución de mayo de 1968 en Francia señala a Grecia como el escudo o máscara que utilizó no sólo la clase burguesa, sino también el fascismo: "A la cultura burguesa le gusta hacer referencias a Grecia como fuente de nuestro mundo occidental y humanista. Así la democracia es la política de la Razón porque Atenas, patria de la medida, la practicaba; así los derechos del individuo fueron allá definidos en su inviolabilidad: libertad, igualdad, fraternidad. Todas las formas del pensamiento burgués, del fascismo hasta la socialdemocracia, evocan a Grecia, sea ella dórica o jónica. Estudiar a Grecia como objeto cultural no nos conduce a arbitrar sobre ese debate, sino a mostrar el vacío de tales referencias hacia Grecia, reconociendo que nosotros no sabemos qué es Grecia"[6].

Afortunadamente, la última frase de este pequeño texto, por una parte consigue dar justicia a Grecia, y, por otra, permite subrayar la necesidad de conocer Grecia, cosa que ayudaría a desenmascarar los engaños que se cometieron y siguen cometiéndose en su nombre.

Pero, ¿es posible conocer Grecia sin el conocimiento de su lengua? Indudable y categóricamente que no. Todo intento de adentrarse en el pensamiento griego, en el Logos Helénico, por medio de traducciones, conduce necesariamente a interpretaciones; y sean éstas buenas o malas, no por eso dejan de ser interpretaciones. Hoy el estudioso de las lenguas reconoce de inmediato que cada lengua es una nueva construcción del mundo, un análisis personal de la realidad[7] y que esencialmente traducir es imposible.

[6] Université Critique de Toulouse, *L'imagination a pris le pouvoir, Présentation des ateliers de travail sur: La Grèce comme objet culturel.* (Documento escrito de la *Universidad de Verano*, después de mayo de 1968).

[7] André Martinet, *Elementos*, etc., pp. 17-19.

Cada lengua tiene su propia manera de pensar, y el pensamiento es innato a la lengua.

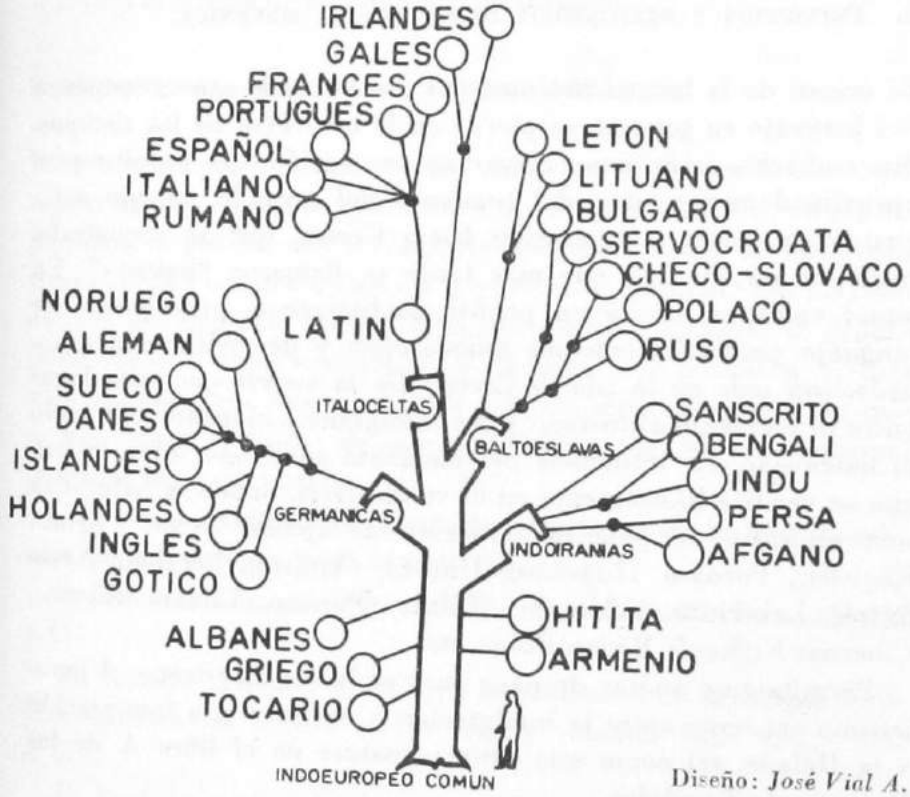
Tal vez sería conveniente citar al respecto un párrafo del destacado etnolingüista norteamericano Benjamín Lee Whorf (1897-1941), quien decía que pensar consiste siempre en pensar en una lengua definida: "en efecto, el pensamiento permanece muy misterioso, y es el estudio del idioma lo que arroja sobre él y desde lejos la luz más viva. Ese estudio demuestra que los modos de pensamiento de un individuo están controlados por las leyes inexorables de los modelos lingüísticos, de los que él es inconsciente. Esos modelos lingüísticos son sistematizaciones complejas e inadvertidas de su propia lengua, como fácilmente se advierte mediante una simple comparación oponiendo a esa lengua suya otras lenguas, sobre todo pertenecientes a otras familias lingüísticas. El pensamiento mismo de ese individuo está dentro de una lengua; en el inglés, en el sánscrito, en el chino. Y toda lengua es un vasto sistema de modelos, diferentes a los otros, en cuyos adentros están culturalmente determinadas las formas y las categorías a través de las cuales el individuo no solamente se comunica sino que también analiza la naturaleza, observa o ignora ciertos tipos de relaciones o de fenómenos, orienta sus razonamientos y construye el edificio de su conciencia"[8]. Y, para retornar a Grecia, se reitera aquí que nos es imposible reconstruir el edificio de la conciencia helénica, que ha sido conciencia del mundo occidental, sin la lengua helénica.

7. Origen de la lengua helénica.

La lengua helénica pertenece, como está comprobado, a la gran familia de las lenguas indoeuropeas. Las lenguas indoeuropeas son hijas, nietas o bisnietas de la lengua madre indoeuropea, del indoeuropeo común, que conforme a estimaciones lingüísticas, debe haber sido hablado antes del segundo milenio a. C.. No estamos en condiciones de determinar con exactitud la región en que se hablaba, pero podemos bosquejar sus límites entre el Mar Báltico y el Mar Caspio. La diferenciación dialectológica de la lengua indoeuropea, debida a emigraciones, inmigraciones, invasiones y todo tipo de expansión, en general, del o de los pueblos que la hablaban, ocasionó con el tiempo el nacimiento de las lenguas indoeuropeas. Algunas de éstas desaparecieron muy temprano, como por ejemplo el

[8] Benjamin Lee Whorf, *Language, Thought and Reality*, 5ª ed., 3er tirage, M.I.T., 1967, p. 252.

hitita, el tocario, pero la mayoría subsiste hasta hoy día. A continuación ofrecemos un cuadro genealógico de las lenguas indoeuropeas, que hemos elaborado basándonos principalmente en las lecciones del lingüista Antoine Meillet y del filólogo clásico George Thomson. Mas es necesario señalar que los detalles de tal cuadro estuvieron y están en discusión entre los lingüistas y los filólogos. No es nuestra intención entrar aquí en esta discusión, sino ofrecer al lector no especialista una imagen general de las lenguas indoeuropeas.



Diseño: *José Vial A.*

Documentos escritos de la lengua madre indoeuropea no existen, pero se puede llegar hasta ella siguiendo los resultados de la lingüística comparada. Empezando desde el vocablo antiguo *saptám*, el griego *heptá* (ἑπτά) y el latino *septem*, podemos establecer la forma *septm̥ (la m̥ representa una [m] con un apoyo vocálico susceptible de transformarse en vocal), siempre con un asterisco por delante para mostrar que se trata de una forma hipotética, esto es, no atestiguada. Sin embargo, es incuestionable para la ciencia lingüística el hecho de que el indoeuropeo, siendo una lengua hipo-

tética, existió, porque se la ha restituido hasta el punto de permitir a los lingüistas redactar textos en indoeuropeo.

Basándonos sobre elementos lingüísticos que fueron comunes a muchas lenguas hermanas antes de la separación, hemos aprendido que los indoeuropeos conocían el sistema decimal, el cultivo de la tierra, sabían trabajar el telar y construir viviendas; habían domesticado y criado diversos animales, podían distinguir los grados de parentesco, etc.

8. PRINCIPIOS Y PREHISTORIA DE LA LENGUA HELÉNICA.

El origen de la lengua helénica, tal como sucede con el comienzo del lenguaje en general, se pierde en la oscuridad de los tiempos. Sin embargo, podríamos ubicar su separación del indoeuropeo, aproximadamente antes del comienzo del segundo milenio a. C., cuando se inicia la migración hacia Grecia, que se encontraba hacia el sur, de los que más tarde se llamaron "helenos". En aquel entonces existía un pueblo mediterráneo, prehelénico, de lenguaje probablemente no indoeuropeo y de civilización avanzada, con sede en la isla de Creta[9]. De la mezcla que tuvo lugar entre el elemento autóctono y los inmigrantes indoeuropeos nació el helenismo. La influencia del elemento autóctono sobre la lengua se verifica básicamente en el vocabulario, donde se naturaliza una multitud de palabras prehelénicas ajenas, como: Corinto Κόρινθος, Parnaso Παρνασός, Himeto Ὑμηττός, Lecabeto Λυκαβηττός, Laberinto Λαβύρινθος, Tálasa Θάλασσα, Tálamo Θάλαμος, Cibernar Κυβερνῶ, Rodon Ρόδον, etc.

Permítaseme anotar de paso para el lector americano el paralelismo existente entre la inmigración a América y la inmigración a la Hélade, tal como esta última aparece en el libro A de las *Historias* de Tucídides.

Es difícil formular con exactitud las características de ese período prehistórico de la lengua, careciendo de documentos escritos. Sin embargo, se puede extraer considerable información "trabajando en un campo anterior al de los dialectos clásicos, y, en especial, de los que se han encontrado en inscripciones anteriores al siglo IV a. C.; de los documentos micénicos, escritos en escritura linear B, los cuales pueden ser ahora interpretados como griego; y comparar el griego con las lenguas congéneres cuyas huellas nos

[9]Μανόλη Τριανταφυλλίδη, Νεοελληνική Γραμματική, vol. 1, Ἱστορική Εἰσαγωγή, Ἀθήνα, 1938, p. 5.

conducen a un origen común, hipotético, conocido como indoeuropeo"[10]. Con el estudio de dichas fuentes, podemos lograr una formulación *a grosso modo* de las características básicas de la lengua prehistórica común. Una contribución notable en esa tarea fue el desciframiento de las inscripciones cretense-micénicas por parte de M. Ventris y J. Chadwick[11].

Sin embargo, el comienzo del período histórico de la lengua helénica debe ubicarse en el siglo VIII a. C., al reconocerse como histórica la lengua de las epopeyas de Homero.

9. División de la historia de la lengua helénica.

La evolución de la lengua es un flujo continuo, sin detenciones repentinas. Si en el caso presente nos empeñamos en dividirla en períodos, es por razones meramente metodológicas, y no por significar cambios bruscos de un día a otro en la realidad. Esa división designa simplemente que en cada uno de esos períodos se produjeron cambios considerables. Esos cambios nos permiten y, más aún, nos obligan a examinar cada período separadamente, sin que se nos escape el hecho de que tal división por ser convencional es, por lo tanto, flexible.

A. Período prehistórico. Desde la separación de la lengua helénica del indoeuropeo hasta el siglo VIII a. C.;

B. Período antiguo. Se extiende hasta Aristóteles (384-322 a. C.);

C. Período helenístico. Incluye la evolución de la lengua helénica durante las épocas alejandrina y romana (323 a. C. - 330 d. C.);

D. Período medieval. Hasta la caída de Constantinopla en manos de los turcos, en 1453;

E. Período moderno. Desde la conquista de Constantinopla hasta nuestros días[12].

[10] John Chadwick, *The Prehistory of the Greek Language*, Nueva ed., Cambridge, 1964 (p. 3 de un fascículo del libro, vol. II, cap. XXXIX).

[11] M. Ventris y J. Chadwick, *Documents in Mycenian Greek*, Cambridge, 1956.

[12] Γεώργιος Κονδυλης, Ἱστορία τῆς Ἑλληνικῆς Γλώσσης, Ἀθῆναι, (s. d.), p. 11-13.

10. DIALECTOS ANTIGUOS[13].

Las inscripciones más antiguas que poseemos en lengua helénica nos la presentan dividida en dialectos. Se ha dicho que entre el griego prehistórico común y los dialectos existe la misma relación que entre el indoeuropeo y las lenguas indoeuropeas[14]. Tendríamos que añadir la siguiente diferencia básica: entre los individuos que hablaban los distintos dialectos griegos existía siempre posibilidad de comunicación y entendimiento, pues esa característica se ha conservado en el idioma griego hasta hoy: comunicación completa entre todos los helenos, independientemente de su comarca de origen.

Los factores que contribuyeron al desarrollo de esa gran variedad de dialectos son numerosos. Al principio fueron tanto la forma como el tiempo que duró el descenso de las varias tribus indoeuropeas hacia la Hélade, los grupos étnicos que después formaron el pueblo helénico. Queda claro que dicho descenso no se realizó de una sola vez, sino que esporádica y periódicamente y con una duración de más de un milenio. Los que bajaban sucesivamente hacia el sur y se establecían, después de haber luchado duramente, mezclábanse con los ya radicados, y, con ellos, constituían unidades lingüísticas, las cuales al desarrollarse se transformaban en dialectos. Como es obvio, éstos diferían esencialmente de la lengua de los que descendían más tarde, a veces después de siglos. Cada vez los más recientes desplazaban a los que se les habían adelantado, empero mezclándose con ellos, de modo que nuevos grupos dialectales se iban constituyendo.

Podemos catalogar esa variedad de dialectos griegos antiguos en tres grandes grupos:

A. El *oriental* o *jónico*, que comprende:

1) El jónico, hablado principalmente en Jonia de Asia Menor, en las islas cercanas y en las colonias de esos países, ubicadas en Helesponto, Propóntide y Ponto Euxino;

2) El dialecto de las islas Cícladas (excepto Tera, Melos y Anafe) y de Taso, colonia de Paros;

3) El dialecto de Eubea y sus colonias en Calcídica, Italia, Sicilia;

4) El dialecto de Oropo, y Grea, ciudad marina entre Oropo y Tanagra, y

[13] Véase Γ. Χατζηδάκις, *op. cit.*, p. 16-20, y Γ. Κουρμούλης, *op. cit.*, p. 55-59.
[14] George Thomson, Ἡ Ἑλληνική Γλῶσσα, ἀρχαία καί νέα, Ἀθήνα, 1964, p. 72.

MACEDONIA
MAR TRACIO
FRIGIA
MISIA
TESALIA
ACAIA
FTIOTIS
LYDIA
ETOLIA
EUBEA
BOECIA
ATICA
EFESOS
ELIS
ACAYA
ARCADIA
ARGOLIS
CARIA
MESINIA
LACONIA
MAR JONIO
MAR CRETENSE
CRETA
N

5) El dialecto ático.

B. El *acayo*, que abarca:

1) El acayo nórdico, más bien conocido como "eólico", que se hablaba en Eolia de Asia Menor y en las islas de Lesbos y Tenedos, en Tesalónica y Beocia;

2) El acayo sureño, o acayo principal, que se usaba en Arcadia, Trifilia y Pisatis en Peloponeso, colonia de los arcadios.

C. El *noreste o dórico*, que comprende:

a) El dórico por excelencia, que se divide a su vez en:

1) El dialecto lacónico, junto al de las colonias de Melos, Taras y Heraclea;

2) El mesenio;

3) El argivo (de Argólida) y el de la isla Egina;

4) El corintio, junto al de las colonias de Corinto, Corfú, Léucade, Ambracia, Anactorion, Apolonia, Epidamno, Siracusa;

5) El dialecto de Mégara y sus colonias Potidea, Bizancio, Calcedonia, Selinunte, etc.;

6) El dialecto de Creta;

7) El tereo, con su colonia Cirene;

8) El dialecto de Rodas y sus colonias Gela y Acragas (Agrigento);

9) El de Cálimnos, Cos, Astipalea, Telo y la Cnido asiática;

10) El gran número de dialectos de las colonias del Peloponeso y de Sicilia;

b) El dialecto principal del noroeste difundido en Epiro, Etolia, Acarnania, Lócrida, Fócida, como también en Acaya de Peloponeso y Elide;

c) En los dialectos mezclados como:

1) El macedónico, semejante al del noroeste y al eólico, y

2) El dialecto de Panfilia de Asia Menor, que fue una mezcla de elementos dóricos y del de Acaya.

11. EL ÁTICO COMÚN.

El ático común es el que se hablaba en Atica, y justamente en dicho dialecto nos fue entregada la mayor parte de la literatura clásica helénica. Al principio la influencia política, y más tarde el influjo literario de Atenas, contribuyeron a la conversión de la lengua ática en la lengua común de los aliados y de los demás griegos, como también de la corte macedónica, alrededor de los siglos V y IV a. C.. El ático es el dialecto más estudiado y sigue

siendo siempre el dialecto que principalmente se conoce por el estudioso griego y extranjero.

12. La koiné alejandrina.

Con Alejandro Magno (356-323 a. C.) el helenismo sale de sus límites geográficos y se expande hasta la India. Mezclas profundas y reagrupaciones entre los helenos como también entre ellos y los pueblos conquistados, conducen al nacimiento de un instrumento lingüístico común. Así nace la *koiné* alejandrina, conocida simplemente como *koiné*, lo que aseguró la comunicación lingüística entre los griegos de diferente origen y entre gente de idiomas ajenos que aprendían la lengua del conquistador Alejandro Magno y de sus sucesores. Las antiguas ciudades empiezan a perder su autonomía y a decaer. Nacen nuevos centros de civilización, como Pérgamo, Antioquía, Alejandría, cuyos horizontes civilizadores y culturales se extienden por sobre todos los Estados y contribuyen a que finalmente el idioma griego llegue a estatuirse como su idioma oficial, internacional, a ser la lengua común (κοινή) hablada por toda la gente culta.

Entre los numerosos cambios que la lengua experimentó por accidentes sucesivos, deben mencionarse los siguientes[15]:

a) La pérdida de la prosodia y del acento melódico. Este cambio se debe fundamentalmente al hecho de que el idioma griego se convirtió en la segunda lengua de los pueblos de idioma extranjero. Entre todos los elementos de una lengua, al que menos se adapta un extranjero es al sistema fonético. Por eso cuando un pueblo adopta otra lengua, introduce en ella elementos fonéticos de su propio idioma. Así se pierde el ritmo de la lengua antigua, es decir la distinción fonética y fonológica entre las vocales largas y breves; también, el antiguo acento melódico (grave y agudo), que se basaba sobre esa distinción, cede su lugar a sólo el acento dinámico. De ahí que la base de la antigua métrica, que era prosódica, desaparezca;

b) La transformación de los antiguos diptongos en monoptongos. De ese modo los complejos gráficos αι, ει, etc., pierden su valor de diptongo, pero las palabras siguen escribiéndose de la misma manera, cosa que conduce a la aparición de errores ortográficos; se aumentan considerablemente los sonidos [i], p. ej. la palabra εἴδησις ahora se profiere [iδisis];

c) Las simplificaciones que el sistema verbal experimentó. Los

[15] Véase M. Τριανταφυλλίδης, op. cit., p. 716 y G. Thomson, op. cit., p. 91-99.

verbos que terminan en -μι, ceden su lugar a los verbos que terminan en -ω. El uso del optativo se limita, y también el del perfecto y pluscuamperfecto monolécticos, del aoristo medio, de los futuros medios de los verbos activos y de los aoristos segundos. En síntesis, la mayoría de las llamadas formas "irregulares" y difíciles de recordar ceden frente a otras más simples;

d) El cambio de sintaxis. Esa lengua sintética empieza a ser analítica y a expresar con mayor número de palabras lo que hasta la fecha se expresaba a través de una rica y variada flexión;

e) Las alteraciones en el vocabulario. Cambia el campo semántico de muchas palabras y un gran número es desplazado por sus derivados; también se dan numerosos préstamos del latín —en el sector administrativo principalmente—, y del hebreo y arameo —debido al cristianismo.

La lengua común o *koiné* originó la decadencia y desaparición de los dialectos antiguos. Más resistente resulta el dialecto dórico, del cual aún se conserva un epígrafe escrito en el siglo II d. C..

El documento más importante que queda de la lengua común, es el Nuevo Testamento.

13. EL ATICISMO.

Durante el período de la evolución de la lengua alejandrina común, surge el aticismo, al iniciarse el siglo I d. C.. El aticismo marca una tendencia de retroceso hacia el antiguo idioma ático, de donde deriva su nombre. El aticismo quiere desconocer la realidad del proceso lingüístico y se empeña con afán por frenar la evolución de la lengua. Con una serie de prohibiciones y de reglas gramaticales que no corresponden al idioma de aquel entonces, y a menudo con serviles imitaciones de las normas literarias antiguas, el aticismo contribuye en considerable medida al nacimiento de un bilingüismo artificial. Como es de suponer, el aticismo no logró impedir la evolución natural de la lengua, pero se impuso bastante en el lenguaje escrito. Consecuentemente, él fue la causa creadora de una mentalidad que el mundo helénico tuvo que pagar caro en el futuro. Esa mentalidad consistió en un despreciar la lengua materna hablada, por considerarla vulgar e inferior a una lengua ideal antigua que sólo se da en la mente de los aticistas, actitud acrecentada por los posteriormente llamados puristas, debido a una mórbida nostalgia, incapaz de aceptar el presente, y más aún, debido a una mentalidad que estuvo dis-

puesta a estrangular este presente volviendo sus ojos estériles hacia el pasado.

14. El griego bizantino y el griego moderno.

Después de la división del Imperio romano en 395 d. C., Bizancio, con Constantinopla como capital, bajo el nombre de "Nueva Roma" sigue usando el latín en cuanto idioma oficial, conforme a la tradición romana. Pero, poco a poco, la lengua helénica se impone por su fuerza y su savia, colaborando decididamente en la helenización del Imperio bizantino, hasta que finalmente Justiniano (527-565), quien aún considera el latín como su lengua materna, se siente obligado a redactar las leyes estatales en griego, dándole así al griego carácter oficial, aproximadamente dos siglos después de la fundación del Imperio. Ese acto lo fundamentó él mismo en una de sus *Novelas* (*Nov.* Decr., 7, 1): οὐ τῇ πατρίῳ φωνῇ τόν νόμον συνεγράψαμεν, ἀλλά ταύτῃ δή τῇ κοινῇ τε καί Ἑλλάδι ὥστε ἅπασιν αὐτόν εἶναι γνώριμον διά τό πρόχειρον τῆς ἑρμηνείας "no hemos escrito la ley en la voz paterna, sino en la lengua común y helénica, a fin de que la conozcan todos por lo fácil de la interpretación". En pocos siglos más se completa la helenización del Estado Oriental. Favoreció este proceso la separación de las provincias no helénicas y la consolidación del helenismo más vivo. Sin embargo, la nueva lengua oficial común no fue la popular, sino que la aticizante. Mientras tanto, la lengua viva seguía su tradición oral, como se puede comprobar por los pocos textos escritos en ella que se salvaron: cantos populares, poemas prodrómicos, y las *asises* de Chipre, etc. Después de la conquista de Constantinopla por los otomanos en 1453, la lengua helénica ya no es el idioma oficial, pero Constantinopla no deja de ser la piedra angular del edificio de la lengua helénica.

Durante los cuatro siglos de esclavitud y hasta que la Hélade, en 1830, readquiriera su independencia, el idioma helénico nunca cesó de hablarse por los griegos subyugados, dándoles, de ese modo, la seguridad de su unidad nacional. No quisiera y no hubiera podido cerrar este capítulo sobre la lengua helénica, sin por lo menos mencionar la existencia del *problema lingüístico*. Este se resume entero en una antítesis entre, por una parte, la lengua pura, *katharévusa*, que es una lengua erudita, "hecha", una lengua que brota desde la misma raíz teórica del aticismo y que nunca se habló por el pueblo helénico y, por otra parte, la lengua *demo-*

tiké, que es la lengua viva hablada y continuadora de la inacabable tradición oral. Esta querella entre *katharévusa* y *demotiké* refleja no sólo las oposiciones lingüísticas, sino que las sociales y políticas.

Toda tendencia reaccionaria y antipopulista se ha escuchado detrás de la *katharévusa*. Pero el problema, que sigue existiendo hasta la fecha, aunque sin la agudez de otros tiempos, es lo bastante múltiple y complejo como para estar fuera de las perspectivas y las intenciones de este artículo. Además, la exploración del infinito océano de la lengua helénica es una labor inagotable, que a menudo deja con nuevas dudas a quienes emprenden la navegación.

The Hellenic language

Language is an organism that moves endlessly. Every linguistic change must comply with the law of Linguistic Economy. The change that the Hellenic language has experimented during its long life never altered its core or made it into another language.

The problem of the pronunciation of Greek was resolved erroneously by Erasmus. Linguistics has proved the fallacy of his theory and it has established that the only way to pronounce the Hellenic language of any epoch is by speaking it as its native speakers do.

It is impossible to understand Western civilization without a study of the Hellenic culture that gave birth to it and nurtured it. Likewise, it is not possible to do this without a knowledge of the Hellenic language itself. Every language has its own way of thinking and thought is innate to language.

The origin of the Hellenic language is Indoeuropean. It is difficult to establish the date of its separation. We may, however, say that it began around the second millenium B. C.. Several dialects which never became separate languages were spoken within historical times.

After common Attic appears the Alexandrian *koiné*, ensuring linguistic communication between the Greeks of different origin and the foreigners who learned the language of the conqueror Alexander the Great and his successors.

Atticism marks a backward tendency towards the ancient Attic language, ignoring the reality of linguistic process and trying to curb the evolution of the language.

Finally, the existence of the famous linguistic problem is outlined within the last stage of the language, Byzantine and modern Greek.